

por el mar; justo por donde entonces venían aquellas extrañas gentes, de características también similares a las del antiguo dios.

Después del cruce de varias embajadas, en las que hubo intercambio de regalos y mutuo espionaje entre Pizarro y Atahualpa, este último dudó de la supuesta divinidad de los españoles, y accedió a mantener una entrevista con el Apu o jefe extranjero, en la ciudad de Cajamarca, en la cual se hallaba tomando baños termales. Pero en realidad el monarca andino, tenía el secreto propósito de terminar con aquel puñado de invasores, pues según el cronista Cieza de León, contaba con ciento setenta mil soldados, a los cuales mandó ir armados debajo de las ropas, pese a que aparentemente se había concertado un encuentro pacífico (Cieza de León, págs. 168-169: 1969).

Por desgracia para él, los hechos no se correspondieron con sus pensamientos, pues fray Vicente Valverde —capellán de las tropas españolas— hizo a Atahualpa un corto e ilógico monólogo en castellano, y aunque le fue traducido por un lengua o intérprete, el monarca no entendió nada, ya que el fraile le habló de Dios y de su doctrina, contenida en la Biblia, el sagrado libro de los cristianos, que a la vez le mostró. Como es natural, el inca, ignorando qué cosa era un libro, lo pidió para verlo. El religioso se lo entregó cerrado, y al no acertar a abrirlo, Valverde extendió el brazo para ayudarlo, ante lo cual Atahualpa, con gran desdén, le dio un golpe, no queriendo que lo abriese otro, sino él mismo. Al fin lo consiguió, y tal cual era de esperar, el papel y las letras no le dijeron nada, por lo que con gran desprecio, lo arrojó al suelo, a cinco o seis pasos de sí. Tras esto, el fraile se fue hacia donde estaba Pizarro y le contó lo sucedido; y al mismo tiempo, le incitó a atacar; por eso el gobernador de inmediato se abalanzó sobre Atahualpa. Este hecho fue el detonante que hizo salir a sus hombres con los caballos, disparar los cañones y los arcabuces, y agredir con las espadas a los guerreros incas, quienes sorprendidos por los metales, las armas de fuego y el temor a los caballos, no pudieron impedir la captura de su caudillo, quedando heridos o muertos muchos de ellos.

La historia posterior es muy conocida: después de haber entregado Atahualpa un impresionante rescate de oro y plata, surgieron sospechas de que se hallaba preparando una fuerte rebelión; a consecuencia de lo cual, tras un rapidísimo y somero juicio, Atahualpa fue sentenciado y muerto.

Pizarro quedó entonces como gobernador en los inmensos territorios, pero desde los primeros momentos advirtió que no podía entenderse con tantos curacas o jefes de pueblos tan alejados y diferentes. Ello le llevó a comprender la urgente necesidad de designar a un representante real del Imperio; y así, hizo comparecer en Cajamarca a todos los señores indígenas

que allí se encontraban, y en su presencia y con su consejo, nombró inca a otro hijo de Huayna Capac, también hermanastro del monarca ejecutado; se llamaba Tupac Hualpa o Toparpa —según algunos cronistas— y le invistió con los honores que le correspondían como a un legítimo descendiente del incanato.

Creyó Pizarro que de esta forma tranquilizaría al país; sin embargo los indios obedecían más al general de Atahualpa, Chalcuchima, que al nuevo monarca, a quien por cierto enseguida el general envenenó, engañándole con un vaso de chicha —la cerveza andina hecha con maíz—, por lo que su reinado fue muy efímero. Mientras, los ánimos de la gente cada vez se hacían más violentos; instigados, no sólo por Chalcuchima, también por los otros capitanes de Atahualpa, querían vengar su muerte y expulsar a los invasores; pero tras varios enfrentamientos con los españoles, no consiguieron vencerles.

Ante tal situación, es fácil imaginar el clima de inseguridad existente en el Perú, no sólo para los extranjeros, igualmente para los mismos naturales, que eran los que sufrían las más graves consecuencias de saqueos y muertes. Todo ello indujo a Pizarro a elegir en 1533 como nuevo inca a otro hijo de Huayna Capac, que se hallaba huido y temeroso de los soldados de Quito —partidarios de Atahualpa— pensando que a la vez terminaría con las viejas rivalidades de las antiguas panacas reales, rivalidades todavía muy vivas en el territorio. Tomó el nombre de Manco Inca, y aunque en los comienzos luchó a favor de los españoles y en contra de los quiteños, mantenía oculta la loable pretensión de restaurar algún día la hegemonía de sus antepasados.

Entre tanto, la presencia europea se iba asentando poco a poco; surgieron ciudades de corte castellano, como Jauja, San Miguel de Piura, Trujillo, Lima, Cusco y Cajamarca, éstas dos últimas por refundación de las antiguas urbes incaicas. En todas, el estamento indígena jugó un papel muy importante, porque aunque jurídicamente se consideró al indio libre y vasallo del rey de Castilla, en la práctica era el pechero que había de ayudar a sostener las cargas del nuevo Estado, y a la vez realizaba indiscriminados trabajos para los conquistadores, a través de las encomiendas.

En medio de esta situación, se agravó el descontento de Manco Inca, al comprobar que su poder no era efectivo, sino muy ficticio y dependiente de los extranjeros, quienes tras los grandes repartos de tierras y aborígenes efectuados en Cusco por Pizarro, ganaban cada vez nuevas posiciones; por otra parte, los hermanos del gobernador, en especial Hernando, acosaban a Manco encarcelándole y pidiéndole continuamente grandes y nuevas contribuciones de oro, plata y mujeres hermosas. (Tito Cusi Yupanqui, pág. 179: 1988; Juan de Betanzos Cp, XXXII, pág. 299: 1987.) Todo ello

provocó una conspiración entre el monarca andino, sus capitanes y Vilao-  
ma —especie de papa o jefe espiritual del imperio—; y un día, bajo pretext-  
to de entregar a Hernando Pizarro una estatua de oro macizo del tamaño  
de un hombre, con tripas y todo —que tenía en un pueblo próximo—, le  
dejaron salir del Cusco.

Como es de suponer, el inca no volvió; por el contrario atacó y mató a  
los españoles asentados en los pueblos cercanos, y también a los cerdos,  
su principal despensa. Seguidamente, aglutinó a unos doscientos mil hom-  
bres que ya estaban sobre aviso, y puso cerco al Cusco. Hernando Pizarro,  
al darse cuenta de la treta, hizo juntar a la poca gente que se encontraba  
en la ciudad, puesto que la mayoría había salido hacia Chile con Diego de  
Almagro en una expedición descubridora, y si bien halló unas doscientas  
cincuenta personas, solamente cien estaban preparadas para pelear, pues  
las restantes eran enfermos, frailes, clérigos y adolescentes. Por lo tanto,  
había para cada español quinientos indios contrarios. Corría el año de  
1536.

Trece o catorce meses duró el asedio, durante los cuales los conquista-  
dores estuvieron a punto de ser aniquilados en varias ocasiones. Betanzos,  
y en general todos los cronistas, dicen que los indios achacaron la victoria  
de éstos a la presencia de una señora blanca, vestida también de blanco,  
con mangas muy anchas, quien extendiendo sus brazos, apagaba las fle-  
chas encendidas que ellos lanzaban a la iglesia; y asimismo contaron que,  
al ir los españoles a entrar en combate, se ponía delante un hombre de  
barba blanca y larga, cabalgando en un caballo igualmente blanco, que  
llevaba en el pecho una cruz roja, como el hábito de Santiago, y hacía  
mucho polvo, con el que cegaba a los enemigos, no pudiendo, por tanto,  
atacar los aborígenes. Lo cierto es que los recién llegados resistieron a  
todos los ataques y, pese a ser tan minoritarios, fueron poco a poco  
ganando los edificios claves de la ciudad hasta conseguir el levantamiento  
del cerco con el retorno de Diego de Almagro y su ejército de Chile, ante  
cuya ayuda, las huestes incas tuvieron que replegarse.

Es de suponer la decepción sufrida por este pueblo, al escapársele de las  
manos una victoria, considerada favorable en los comienzos del enfrenta-  
miento, dada la enorme superioridad numérica de los combatientes, que  
además se hallaban dominados por el irrefrenable deseo de aniquilar a los  
extranjeros y expulsarlos. Tal vez la explicación de la derrota provenga de  
la ausencia de un líder, con el estilo y carisma de Huyana Capac o  
Atahualpa, y en el hecho de que Manco Inca nunca hubiese estado presen-  
te en el cerco del Cusco. Además, aunque el ejército era enorme, no estaba  
bien aprovisionado, ni siquiera de las armas habituales, y había en él  
muchas mujeres y niños, que en vez de colaborar, estorbaban los movi-

mientos de los hombres; e igualmente no se puede obviar que los españoles, junto a su superioridad armamentística, contaron con la eficaz alianza de los cañaris y yungas de la costa.

Tampoco consiguieron vencer las huestes indígenas, aunque estuvieron a punto, en otro asedio que por las mismas fechas pusieron a Lima. En sucesivas escaramuzas se sobrepusieron los indios a pequeños socorros, mandados desde aquella ciudad al Cusco; pero nunca obtuvieron un triunfo definitivo, si bien algunas veces se incautaron de buenos botines, entre los que había caballos, ropas y armas españolas, que ya consideraban de mucha utilidad, pues a pesar del rechazo, en muchos aspectos materiales, la aculturación se iba imponiendo.

Cuenta Tito Cusi, uno de los descendientes reales del Imperio, en la *Instrucción* que dirigió a Felipe II en febrero de 1570, que nada más producirse la derrota, Manco reunió a sus súbditos y les comunicó su intención de internarse en la selva de Vilcabamba; y así partió para el territorio de Vitcos en el Andesuyo, al este del Perú. Con unos cientos de seguidores, llegó al mencionado lugar, situado a unos ciento setenta y cinco kilómetros de Cusco, donde instaló su corte e inició una continuada guerra de guerrillas, propiciando en cada frecuente incursión a ciudades, caminos y pueblos, gran cantidad de asaltos, robos y destrucciones. (M. C. Martín Rubio, pág. 201: 1988.)

Desde muy pronto, los españoles quisieron terminar con aquel estado de inquietud, para lo cual armaron en el Cusco pequeños ejércitos; a veces conseguían llegar hasta donde estaba el inca. En una de estas contraofensivas le tuvieron tan acosado, que incluso le quitaron las andas de desplazarse y el trono. Manco pudo escapar, pero murieron muchos de sus hombres. Entonces, no sintiéndose seguro y pensando en trasladarse a Quito, salió de sus tierras; mas, al llegar a la ciudad de Guamanga, se enteró de que ya estaban muchísimos españoles por todas partes, y les sería muy fácil esperarle en algún paso y prenderle, ante lo que decidió volver a la selva. A partir de ese momento, extendió a sus hombres por las verdes montañas y las convirtió en el corazón de la resistencia contra el enemigo invasor, creando entre otros pueblos, la ciudad de Vilcabamba, a la que dio el rango de capital del reino sublevado.

Un día, estando el inca descansando en Vitcos, llegaron a pedir refugio siete españoles, derrotados por Vaca de Castro en la batalla de Chupas, junto a Diego de Almagro el Joven, en septiembre de 1542. Manco les acogió muy bien; les permitió vivir allí: les dio casas, mujeres y hasta jugaba con ellos al serrón o paseaba a caballo. De esta forma transcurrió algún tiempo, cuando repentinamente apareció en Vilcabamba un mestizo que fingió llegar huido del Cusco; el inca, como le viese desastrado, mandó